

sados pesaran poco para nosotros, no pudiera dejar de movernos al ejercicio de una acción tan heroica, el interés, el honor, la satisfacción y gloria que nos resulta. Bienaventurados, dice Dios, los misericordiosos; porque ellos hallarán misericordia. Si, católicos, nuestra compasión práctica en favor de aquellas afligidísimas almas, nos merecerá la herencia celestial, en nuestro temible tránsito del tiempo á la eternidad; juntemos pues nuestras oraciones y santas obras á los sufragios que dispensa la Iglesia por las almas de los que murieron en el Señor. *Requiescant in pace.*

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE BENCOMO.)

Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur à nuptiis: et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi.

Tened recogidos vuestros vestidos, tomad antorchas en vuestras manos, y sed semejantes á los siervos, que esperan á su Señor, cuando vuelva de sus bodas; y sea que venga en la segunda ó en la tercera vigilia, dichosos son aquellos siervos.

S. Mateo, c. 12.

¡Qué de instrucciones, mis hermanos, qué de preceptos, qué de símiles emplea aquí el Hijo de Dios para arreglar la conducta del hombre! Como en el sentido material á nadie es permitido andar absolutamente desnudo con notable desprecio de la ley y de la modestia pública, á manera de aquellos luchadores de que se habla en el libro de los Macabeos: así tampoco en el sentido espiritual es posible vivir absolutamente despojado de las túnicas morales, de que nos ha revestido la misma naturaleza: túnica interior urdida de amor propio, y tramada con las pasiones; y túnica exterior polimita como la de José, porque con gran variedad de colores están bordados en ella el país en que se nace, los parientes que se tienen, los amigos que se aman, los placeres que se gozan, los honores que se disfrutan, y los bienes que se adquieren. Ved aquí los vestidos de que nos habla el Redentor cuando nos dice, que es preciso recogerlos cuanto está de nuestra parte, para que no nos estorben en el viaje ó peregrinación que hacemos continuamente del tiempo á la eternidad: *sint lumbi vestri præcincti.*

No es esto solo: también nos manda tomar antorchas en las manos. Esta es la diferencia que hay entre el viejo Testamento y el nuevo: en aquel ordenó el Señor á los israelitas, que en

su salida de Egipto á Canaan, comiesen el Cordero pascual con sus vestidos recogidos, y con un báculo en sus manos, porque era el tránsito del pueblo del Señor : pero en este ceñidos del mismo modo los vestidos, tenemos que substituir á aquel báculo una antorcha, porque el pueblo cristiano no es ciego sobre los misterios de la vida futura, como lo era el judío, para apoyarse sobre el báculo de las recompensas carnales de la ley: él es iluminado por la gracia de Dios, así debe andar con la luz y la perfeccion del Evangelio, que disipa las antiguas sombras : *et lucernæ ardentes in manibus vestris*. En fin debemos estar siempre prevenidos á ir á la presencia de Dios en cualquiera vigilia ó edad de nuestra vida : que venga de repente como un ladron por algun accidente imprevisto, ó que toque ántes á nuestra puerta por las molestias de una enfermedad prolongada, siempre debemos estar tan dispuestos á recibirle, como aquellos siervos que esperaban á su Señor, cuando traía á su casa la Esposa, con la cual acababa de celebrar sus bodas en casa de sus suegros.

Las vigiliias de que aquí se habla, son las porciones en que los judíos dividian la noche, y representan los estados principales de la vida espiritual : porque como se explica el padre san Agustin, teniendo la santidad sus principios, sus progresos y sus fines, debe haber en ella principiantes, aprovechados y perfectos. Los principiantes, dice san Buenaventura, andan en la via purgativa ejercitados en purificarse de sus vicios, por eso deben tener recogidos sus vestidos : *sint lumbi vestri præcincti*. Los aprovechados andan en la via iluminativa, que es la práctica de las virtudes, por eso deben tomar antorchas en sus manos : *et lucernæ ardentes in manibus vestris*. Los perfectos andan en la via unitiva, quiere decir, en la vida mas perfecta, por eso están dispuestos á recibir á su Señor, cuando vuelva de sus bodas : *et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur à nuptiis*.

Pero no podemos andar estos tres tramos de un camino tan difícil sin una columna de luz que nos guie, ó un ángel del Señor que nos preceda como á los hebreos. ¿Y qué guia, qué columna ó qué ángel podíamos hallar mas propio que el incomparable Antonio Abad, cuya memoria celebramos? ¿Quién huyó mas de los vicios? ¿quién practicó mas las virtudes? ¿quién subió á una santidad mas perfecta? Este asombroso desprecia-

dor del mundo, este primer patriarca de los monges, este azote de los demonios, este martillo de los herejes, esta luz de todo el oriente, este espejo de los mismos santos es el que yo voy á proponeros, como el modelo de los siervos de Dios en las principales vigiliias de su vida, esto es, en su niñez, en su edad consistente, y en su vejez. En su niñez enseña cómo se han de ceñir los vestidos todos los que principian la santidad. En su edad consistente, cómo han de tomar antorchas en las manos todos los que aprovechan en la santidad. En su vejez, cómo han de esperar al Señor todos los que se perfeccionan en la santidad. Así cualesquiera que vosotros seais, cristianos que me oís, Antonio os enseñará á empezar, á proseguir y á terminar felizmente el camino de la santidad. Para que sea con el fruto que corresponde, pidamos la gracia del Espíritu santo por la intercesion de la sacratísima Virgen, diciéndole devotamente : *Dios te salve, María, etc.*

PRIMERA PARTE.

La santidad, señores, es el único camino de la tierra al cielo : pero segun nos enseña nuestro Salvador, son muy pocos los que entran por él. Esto consiste en que á las dificultades propias del camino añadimos otras mayores : porque queremos andar un camino tan angosto rodeados del faustoso aparato de los honores, subir por un camino tan pendiente cargados con el peso enorme de las riquezas, correr por un camino tan lleno de abrojos, arrastrando la larga y delicada cola de nuestros placeres. Ah ! Primero creeré yo que un camello entra por el ojo de una aguja, que el que vosotros, ó mundanos, entréis así en el reino de los cielos. ¡Cuántas dilaciones, cuántos tropiezos, cuántas caídas os impedirán el llegar al fin ! Por eso los santos para andar por él, ciñeron sus vestidos cuanto les fué posible : veámoslo así en el insigne Antonio. Nacido en tiempo de la mayor corrupcion, conservó la mayor inocencia, heredero de abundantísimos bienes, los repartió todos con los pobres, y pudiendo aspirar á las mas gloriosas esperanzas, dejó su patria, sus parientes y todas las cosas. Esto prueba, ó principiantes en la virtud, que para empezar tan dichoso camino es preciso abstenemos del pecado, de la inclinacion al pecado, del peligro mismo del pecado.

Es preciso abstenerse del pecado. Esta es aquella primera obligacion, por la cual desde el dia de nuestro bautismo prometimos solemnemente renunciar á Satanás, á sus obras y á sus pompas. Á Satanás, el antiguo enemigo del género humano, que rabioso de haber perdido su felicidad, no cesa de instigar á los hombres á que pierdan la suya: á sus obras, las sugerencias con que nos acomete: á sus pompas, los medios de que se vale para perdernos. Así siempre que seamos tentados debemos traer á la memoria esta palabra solemne, que repetimos tantas veces delante de Dios: *Abrenuntio*. Por eso pedimos al Señor en nuestras oraciones cotidianas, que no nos deje caer en tentacion, sino que nos libre de todo mal. ¿Qué otro mal hay sino el pecado? Las desgracias, las enfermedades, la muerte misma no son un verdadero mal; porque no nos apartan por sí del sumo Bien: solo el pecado, que nos aparta del sumo Bien, es para nosotros un sumo mal. *Sed libera nos à malo*.

Tal lo creyó Antonio, así por la cristiana educacion que le dieron sus padres, sabiendo que lo habian alcanzado del cielo á fuerza de súplicas, de lágrimas y de buenas obras; como por aquella luz interior, con que el Señor se dignó ilustrar los primeros rayos de su razon. ¡Con qué dolor miraba él á los otros niños de su tiempo ya correr á las casas públicas de prostitucion á aprender anticipadamente aquella malicia, de que aún no era capaz su débil corazon; ya ir á los templos de los falsos dioses, donde el ciego gentilísimo ofrecia al demonio la adoracion, que solo se debe al Dios verdadero, y á ofrecer al Dios verdadero las abominaciones propias del demonio; ya concurrir á aquellas aulas infelices, donde la herejía daba á beber en tan tierna edad un veneno, que tarde ó nunca se llega á vomitar! Para evitar todos estos precipicios él huía como Tobías de la compañía de los demas, y resolvió no salir de su casa sino para la casa del Señor, donde derramaba su alma inocente, pidiendo á Dios como los Niños de Babilonia, que no le dejase contaminar con la iniquidad de su siglo. Este fué el motivo por que se privó del conocimiento de las ciencias, para las cuales tenia tan excelente espíritu: su máxima era la misma que la del Apóstol, que no nos importa saber otra cosa que á Jesucristo, y eso crucificado.

No lo dudéis, alumnos del Señor, todos los conocimientos que bebiereis en esas fuentes venenosas de que abunda tanto

nuestro siglo, aún mas que el de Antonio, en esos libros perversos, que el infierno vomita y la Iglesia detesta; toda esa ciencia, digo, ponélla con el Sabio en el número de las vanidades. Aunque llegarais á saber por esos medios lo mismo que Agustino, tendríais que decir algun dia como él: una sola cosa sé, y es que nada sé. Seríais quizá tenidos por hombres ilustrados á vuestros propios ojos, ó á los del mundo ciego, que llama luz á las tinieblas, y tinieblas á la luz; pero apareceríais los mas estólidos en la presencia de Dios, que oculta sus misterios á los sabios y á los prudentes, y los revela á los humildes. Ved aquí por lo que el Señor dijo en el antiguo Testamento, y lo repite en el nuevo: yo perderé la sabiduría de los sabios, y reprobare la prudencia de los prudentes: *perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo*.

Pero no basta huir exteriormente del pecado, es preciso arrancar del corazon toda inclinacion al pecado. ¡Cuántos se abstienen de pecar sin disminuir ni un punto sus malas inclinaciones! Abstienen por crianza, por genio, por temor, por imposibilidad, no por virtud. ¿No salió de Sodoma la mujer de Lot? Con todo el amor á aquel abominable país la hizo volver el rostro para él contra el precepto del Señor. ¿No salieron los israelitas de Egipto? Sin embargo, luego suspiraron por sus ollas. Toda carne es inclinada al mal en todo tiempo: así el Apóstol la llama con razon, ya cuerpo de pecado, porque fué concebido en él, ya carne de pecado, porque excita á él. Estos impulsos desarreglados son las verdaderas malezas que produce nuestra tierra, y el trabajo de arrancarlas es el sudor á que fuimos condenados: por eso, si las dejamos crecer, ahogan la simiente de la divina gracia; pero si las arrancamos, fructifican por ciento los buenos deseos que Dios nos inspira, las bellas resoluciones que formamos, y las santas obras que emprendemos, como sucedió á nuestro principiante Antonio.

Ay! Si él hubiera soltado la rienda á sus pasiones, si no las hubiera refrenado con todas sus fuerzas, ¿cómo hubiera podido resistir al ímpetu del mundo, que arremetió de improviso contra él? ¿Qué sensible le fué la muerte inesperada de su padre y de su madre, no solo por haber perdido con ellos sus primeros maestros en la virtud, sino mas aún por las grandes riquezas con que oprimieron su corazon, haciéndole heredero! ¡qué de cuidados afligieron su espíritu, viéndose precisado á

manejar unos bienes, que ya empezaba á aborrecer : á atender á la educacion de una hermana única, pupila, huérfana, de quien en adelante debia ser el padre, y á llenar las vastas esperanzas de su casa, de su parentela y de su pueblo ! ¡ Con qué ansia corrió un dia al templo del Señor á ofrecer á Dios las amarguras de su nueva vida, y á implorar el auxilio celeste, á tiempo que uno de los ministros del Sacrificio leia en alta voz aquellas palabras de Cristo : si quieres ser perfecto, anda, vende todo cuanto tienes, y reparte su precio con los pobres. No esperó á más : al instante conoció que estas palabras se repetian continuamente; porque habian sido dichas á todos los cristianos en la persona de los primeros discípulos; y Dios mismo le dictó en el fondo de su alma, que desde ese dia las enderezaba particularmente á él. Ah, señores ! ¡ si viérais á este virtuoso jóven inflamado de la caridad derramar en un solo dia todos sus tesoros en el seno de los necesitados, encomendar su hermana á ciertos parientes timoratos, y quedar expedito para seguir desnudo á Jesucristo !

¡ Qué atras deja ya este grande hombre á los que no nos atrevemos á dejar, no digo lo que es propio ; pero muchas veces ni lo ajeno ! Los clamores del jornalero suben hasta el trono del soberano Dios de Sabaot, y con todo no pueden hacer inclinar nuestros oídos. Los gemidos de la viuda, del pupilo, del desnudo, del hambriento, del enfermo, del afligido parecen quebrantar hasta las mismas piedras, y nosotros solo nos ocupamos en ensanchar nuestros graneros, en añadir casa á casa, y posesion á posesion, y en aumentar el número de nuestras arcas. Dios mio, ¿ será esto arrancar de nuestro corazon la codicia, que es la raíz de todos los males, y podremos decir con el santo Job, que desde nuestra infancia ha crecido con nosotros la misericordia ? Ya que oímos á cada paso las mismas palabras que Antonio, inspirádnos el mismo desengaño para dejar, no solo nuestra inclinacion al pecado, sino para huir hasta el menor peligro del pecado.

Quien ama el peligro perecerá en él, dice el Señor. En efecto, ¡ cuántos cayeron por fin, que no hubieran caído, si hubieran sido mas vigilantes ! Si Adan y Eva no hubieran oído las promesas lisonjeras de la serpiente, no hubieran comido aquel fruto fatal, que fué un veneno para ellos y para nosotros : si David hubiera apartado sus ojos de la incauta mujer de

Urias, no hubiera cometido aquel homicidio y aquel adulterio : si Pedro no hubiera entrado en el palacio de Pilátos, hubiera conservado sus fervorosas resoluciones de morir ántes que negar á su Maestro. El hombre siempre es diferente de sí mismo, puesto voluntariamente en la ocasion : Dios le deja en las manos de su temeridad, el demonio redobla sus astucias, y su misma flaqueza le impele al precipicio. En tan críticas circunstancias ¿ quién se gloriará de la victoria ? Así convenia para que el que está de pié cuide de no caer, y cualquiera que se gloriare, se glorie únicamente en el Señor.

Antonio, que conocia muy bien la debilidad de nuestras fuerzas, no se contentó con haber dejado sus bienes en particular, él se propuso dejar todo el mundo en general. ¡ Qué resolucion : dejar sus parientes con todas sus relaciones, sus amigos con todos sus pasatiempos, su pueblo con todas sus esperanzas ! Aunque su hermana emplea todas las lágrimas de que es capaz la ternura de su sexo, aunque Satanás le representa todos los horrores que sufrirá en la soledad, esta alma impertérrita sale de su país como los israelitas de Egipto, y toma el camino del desierto. Preguntémosle, hermanos míos, ¿ qué vestuario ha prevenido para una vida, que podrá durarle un siglo entero : qué sustento, donde no tendrá ni una yerba verde : qué agua en aquella inmensa sequedad : qué habitacion en donde no hay mas que arenales : qué descanso para su persona : qué defensa para las fieras : qué resguardo para las intemperies del sol y de la nieve ? Ah ! La sola palabra del Señor, en que nos manda no inquietarnos por el dia de mañana, pensando como los gentiles, qué comeremos, qué beberemos, ó qué vestiremos, sino buscar solamente el reino de Dios y su justicia : ved aquí todo su equipaje. Con estas solas armas de la fe vence ya al espíritu de melancolía, que le representa la hermosura y la juventud de su hermana expuesta á mil peligros, de que él era la causa : ya al espíritu de temor, que le figura las asperezas de su nueva vida incompatibles con la nobleza de su sangre, con la delicadeza de su educacion, con la debilidad de su salud : ya al espíritu de deshonestidad, que le hace ver corporalmente varias mujeres, empleando todos sus atractivos para incitarle á pecar, sin mas testigos que aquellas silenciosas montañas : ya al espíritu de avaricia, que le hace tropezar á cada paso con alhajas de plata y de oro. ¡ Buen

Dios : qué de obstáculos para detenerle ! Pero la parte superior de su espíritu , adonde no pueden llegar estas tempestades , impele siempre su cuerpo desfallecido hácia el yermo.

Dejémosle internar , y volvamos sobre nuestros pasos , para examinar si seguimos , aunque sea de léjos , el camino de Antonio. ¿Parécense en algo sus sacrificios á los nuestros ? ¿Qué bienes hemos dejado ? ¿qué pasiones hemos vencido ? qué cadenas hemos roto ? ¡Oh , si hubiéramos salido del mundo como él , cuántos pecados hubiéramos ahorrado ! Los más de los vicios no hallan en la soledad sino unos objetos muy débiles , incapaces de fomentarlos mucho tiempo : porque la soberbia no tiene sobre quien elevarse , la avaricia no encuentra sus tesoros , la sensualidad no puede pasar del pensamiento , la ira no halla lugar alguno , ménos puede hallarlo la gula , lo mismo sucede á la envidia , y aun la pereza no siendo ayudada de otros pecados no puede ser de larga duracion. Por eso los santos salian comunmente , á imitacion de Abraham , de su casa y de su parentela , para ir á peregrinar en la tierra , que les mostraba el Señor. Yo bien sé que no todos pueden dejar al mundo , con el cual han contraído alianzas indisolubles : que muchos como Jonas no pueden salir del vientre de aquel pez , que los rodea por todas partes. ¿Pero no podéis ir en espíritu , como él , á la presencia de Dios , para derramar allí vuestros gemidos ? ¿No podéis salir , como Pedro , del lugar de vuestras caídas ? ¿No podéis levantaros , como David , de esa cama , que manchasteis , para lavarla con vuestras lágrimas ? ¿No podéis restituir cuadruplicadamente , como Zaqueo , los bienes mal adquiridos ? ¿No podéis ocurrir con dones como Jacob para aplacar á ese hermano que habéis irritado ? Pues tenéd entendido , que jamas entraréis en el reino de los cielos , sin empezar así el camino de la perfeccion ; y que no podéis empezar este camino , sin recoger bien vuestros vestidos de todo pecado , absteniéndoos de la inclinacion á él , y aún del peligro de caer en él : *sint lumbi vestri præincti*.

SEGUNDA PARTE.

No contemplemos ya á nuestro famoso anacoreta entre los principiantes , sino entre los aprovechados : porque despues de haber recogido tanto en el mundo sus vestidos morales , se re-

tiró al desierto para tomar en sus manos la admirable antorcha de la santidad , segun el precepto evangélico : *et lucerna ardentis in manibus vestris*. El que se ha apartado ya de lo malo , tiene andada la mitad del camino : solo le falta la otra mitad , que es practicar lo bueno ; y disipadas una vez las nieblas de la via purgativa , se corre á pasos de gigante por la iluminativa. Los mayores obstáculos , que tuvieron los israelitas para ir á la tierra de promision , fueron á la salida de Egipto : pero vencido Faraon con todo su ejército , la columna de luz que les precedia , y la mano del Señor que les acompañaba , les ayudaron visiblemente á hacer largas jornadas. Ved aquí lo mismo que aconteció á nuestro santo : porque pasadas aquellas horribles tempestades , con que fué afligido cuando salió de su pueblo , se halló cerca de unas cuevas , donde habitaban ciertos cenobitas dirigidos por un santo hombre para trabajar incesantemente en su salvacion. Aquí fué donde tomó las primeras lecciones de aquella vida asombrosa , que entabló luego en un castillo viejo , y despues en el monte Arsinoe.

Este desierto , señores , era un lugar enteramente retirado del bullicio , y aún de la noticia del mundo , tan árido para producir los frutos del tiempo , como fértil para los de la eternidad. Allí los siervos de Dios libres de la censura de los hombres , de la corrupcion de los pueblos , y de la persecucion de los tiranos , vivian tan escasos de vestuario y de alimento , como ricos de gracia y de virtudes. La oracion , este era su pan , no diré cotidiano , sino continuo : la gracia del Espíritu santo , esta era su fuente de aguas vivas : su vestido interior era la inocencia , y el exterior un saco y un cilicio. Tambien trabajaban con sus manos para evitar la ociosidad , haciendo esteras , espuestas , rejas de arado y otros utensilios , con que labraban su ingrato terreno. Nadie hablaba sino para alabar á Dios , ó edificar á su prójimo : el corto sustento que tomaban , iba siempre mezclado con la leccion y la mortificacion. El Abad velaba sobre cada uno , inquiriendo sus tentaciones y sus llamamientos , para auxiliar el bien , y remediar el mal. Padecia este estímulos de sensualidad , se aumentaba su penitencia : era aquel tentado de desidia , se le redoblaba el trabajo. Si uno tenia don de enseñar , se le señalaban discípulos ; si otro deseaba servir , se le destinaban enfermos. No habia mas ley que la obediencia , ni mas privilegio que la imposibilidad. Ningun vicio era

conocido, ninguna virtud ignorada. No tenían mas deseo que el del cielo, ni mas horror que el del infierno.

Ved aquí donde llegó Antonio á pedir instrucciones para su destino. ¡Con qué cuidado los observaba á todos, y con qué atención los oía! Al que jamas levantaba los ojos del suelo, preguntaba cómo habia aprovechado tanto en la humildad, en la circunspeccion, y en el conocimiento de sí mismo: al que hallaba mas fervoroso pedia documentos sobre la oracion: al que veía inocente hasta en su semblante, rogaba le diese arbitrios para lograr aquella pureza angélica: de este inquiria la historia de su aplicacion al trabajo, y de aquel la ternura de su caridad: cuál le enseñaba el modo de vencer las tentaciones, cuál el de discernir los buenos impulsos de espíritu; á todos acudia, á todos consultaba. Como la infatigable abeja recorre todas las flores del jardin ó del prado, tomando de una la cera, y de otra la miel, así este siervo del Señor llenaba su alma de los preciosos rudimentos, que le habian de servir para labrar el panal admirable de su santidad. ¡Cuánto lloraba el tiempo que habia vivido sin conocer á estos santos solitarios! ¡Qué locos le parecian los mundanos, que consumiendo tantos años en aprender unas ciencias de poca duracion, no dan ni un solo día á la ciencia de la eterna salud!

¿Decidme ahora, hermanos míos, lloraria ménos Antonio, si viese nuestro afan en lo temporal, y nuestro descuido en lo eterno? Los dias y las noches se hacen demasiado cortos al infatigable labrador para disponer su campo á una buena cosecha, al comerciante para girar su capital, al pretendiente para conseguir su acomodo, al artesano para adelantar sus obras, al litigante para lograr una sentencia favorable, al jóven para disfrutar sus necios amores, á la doncella para proporcionar su casamiento: pero ninguno halla un solo instante para dedicarse á la virtud, para pensar en los medios de servir á Dios, y merecer una dichosa muerte. ¡Quién diera á mis ojos aquellas fuentes de lágrimas, que nuestro santo derramaba por la necesidad de los habitantes de su pueblo! Yo las derramaria por la necesidad de los del nuestro, á fin de que abriesen los ojos para ver el desprecio que merecen las cosas de la tierra, y el aprecio que se debe á las del cielo.

Antonio hubiera permanecido siempre con aquellos virtuosos monjes, si no estuviera tan impaciente por reducir á prác-

tica todas las instrucciones que habia tomado. Oír y no ejecutar, dice el apóstol san Judas, es ser como el que se mira en un espejo, y al instante se olvida de la figura de su rostro: es como una campana ó un timbal que se toca, los cuales en el primer momento hacen mucho ruido, pero jamas pasa al siguiente; es como los árboles arrancados en otoño y ya secos, que no dan muestras de su antiguo verdor: es como las olas de un mar tempestuoso, que segun su furor parece que van á destruir todas las peñas, pero que apenas las tocan se deshacen: es como aquella luz brillante que suele formarse en el cielo, que apenas la hemos visto, se nos desaparece: de todos estos símiles usa el citado apóstol, y aún no bastan para hacernos ver la necedad de los que no practican las doctrinas, que han aprendido. Por el contrario, dichosos, dice el divino Redentor, los que oyen la palabra de Dios, y la observan: *beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

Así sucedió al nuevo anacoreta, que cargado de las preciosas simientes, que habia recogido, se internó todavía mas en el desierto, buscando el lugar mas á propósito para hacer su plantel. En efecto, tropezó con un castillo viejo, cuyas concavidades formadas de sus ruinas le parecieron muy propias para ocultar hasta de sí mismo los progresos de su perfeccion. Él vá á entrar; pero le sale á acometer una bestia de un tamaño enorme, y una figura horrible: sus alas eran puntiagudas á manera de las del murciélago, con su larga cola batia todo el edificio, y sus bramidos espantosos hacian estremecer la tierra. Sin embargo Antonio no retrocede, ántes haciendo sobre sí la señal de la cruz, arremete: entónces desapareció la vision. ¿Quién será capaz de referir los continuos combates con que siguió inquietándole aquí el enemigo? Parece que Satanás recibió entónces el poder de perseguirle, como al santo Job, por todos los medios que pudiese sugerirle su infernal astucia: porque ya introducía en su habitacion un incendio, cuyas llamas iban á devorarle: ya le asaltaba sucesivamente bajo la figura de las bestias mas feroces, el oso, el tigre, el leon: ya le tomaba en alto, y le dejaba caer, hiriéndole mortalmente en aquellos escombros. Pero Antonio lo sufría todo con la misma paciencia que aquel antiguo amigo de Dios, diciendo siempre: bendito sea el nombre del Señor. Otras veces mudaba el demonio de sistema, confesándose vencido para vencerle mejor por